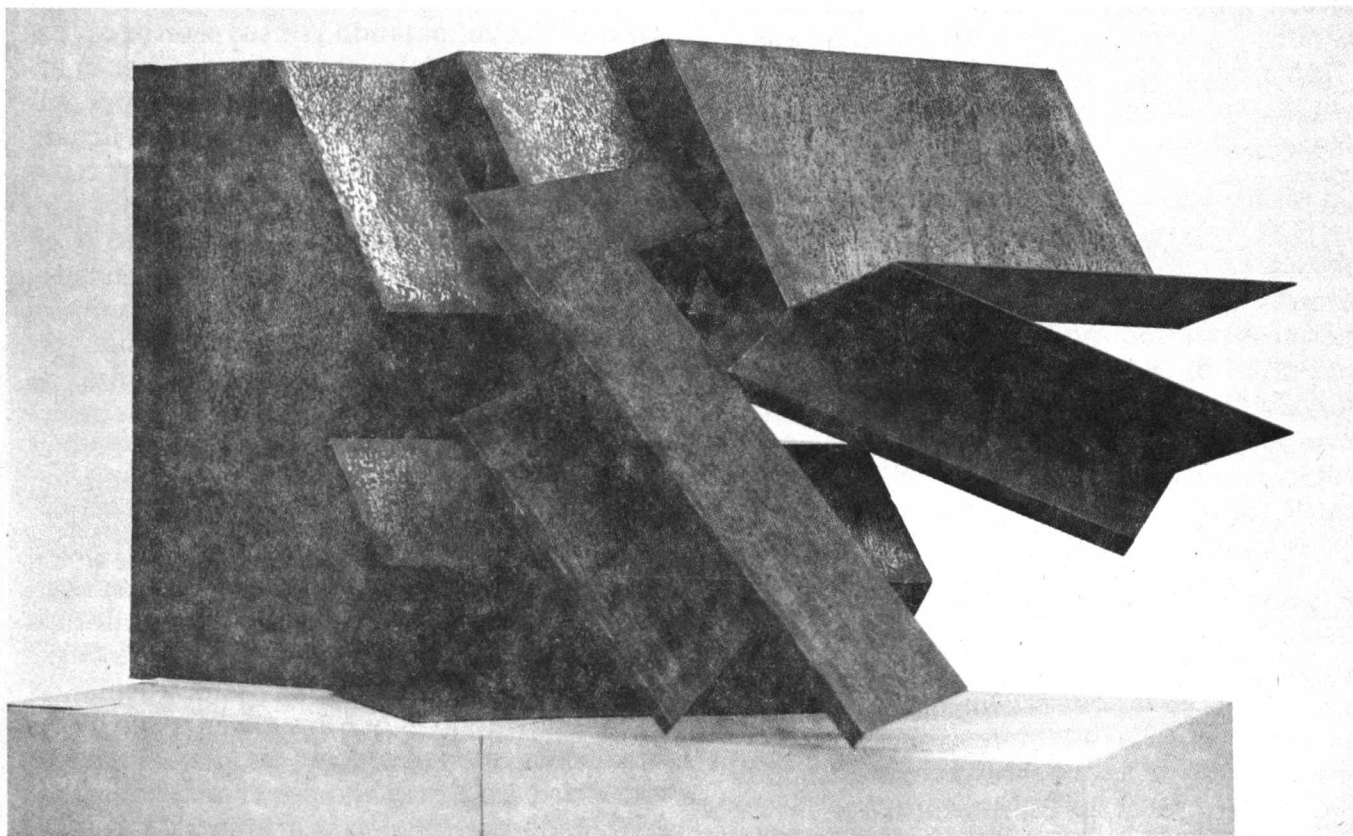

RAMIREZ VILLAMIZAR: RECUERDOS DE MACHU PICCHU

Por
Germán Rubiano Caballero



"Recuerdo de Machu Picchu No. 2." 1984. Altura 1.07 mts.

En los últimos cuatro años, Eduardo Ramírez Villamizar ha adelantado una admirable producción de construcciones en hierro oxidado. En la actualidad estos trabajos son más de veinte y sus tamaños varían entre algunos menores y otros de grandes dimensiones.

Con estas obras el artista se reta a sí mismo y definitivamente rompe con la idea de la escul-

tura de acabados hermosos. Cada día más exigente con su trabajo, dispuesto a no repetirse y a no hacer concesiones al gusto del público, Ramírez Villamizar realiza ahora unas construcciones majestuosas, ascéticas y dominadas por la presencia de grandes planos rectangulares. Unas estructuras complejas y arbitrarias, aunque presididas por el espíritu de una arquitec-

tura antifuncional, que no deja de concebir espacios habitables y grandes muros de la más estricta distribución.

Entre sus obras en hierro sin pintar, ocupa lugar especial la serie “Recuerdos de Machu-Picchu”, llevada a cabo a lo largo de 1984. Basado en sus intensas vivencias de esas ruinas fabulosas que fusionan la arquitectura y la escultura, Ramírez Villamizar hizo unas construcciones poderosas que aluden directamente a los muros, a las terrazas, a los caminos y a los canales de irrigación de la arquitectura Incaica, e indirectamente, al aire que golpea las murallas, al agua que cae en delgadas cascadas, a la majestad de las montañas y, sobre todo, a la eternidad del tiempo que se “siente” en Machu-Picchu.

Vinculado a la escultura constructivista del siglo XX, Ramírez Villamizar no ha dejado de estudiar con veneración el rico legado de las esculturas, pinturas y tejidos precolombinos y aunque en su obra no hay nada de la volumetría, ni del diseño propios del arte de nuestros antepasados indígenas, es innegable que muchas veces surge en sus construcciones la misma voluntad de abstracción, a partir del orden existente en la naturaleza, que puede observarse en los trabajos prehispánicos.

Permanente admirador del arte precolombino, Ramírez Villamizar, antes de la serie “Recuerdos de Machu-Picchu”, había realizado algunas obras en las que fácilmente podían establecerse referencias a las intenciones abstractas y geométricas de los orfebres y ceramistas indígenas anteriores al descubrimiento. Son los casos de: “Serpiente Precolombina” de 1964, enorme pieza, a manera de pectoral, presentada en la Segunda Bienal de Medellín (1970) y “Altar Precolombino” de 1979.

A lo largo de cerca de cuarenta años, primero como pintor, y luego como escultor —desde 1959—, “el arte de Ramírez Villamizar —de acuerdo con el historiador norteamericano Stanton Catlin— representa uno de los pocos estilos unificados, consecuentemente desarrollados, que han aparecido entre los muchos artistas latinoamericanos que han estado comprometidos,

a mediados del siglo XX, en la exploración del constructivismo artístico”. Así, desde sus pinturas de grandes planos geométricos ensamblados, hasta las construcciones encumbradas de Machu-Picchu, pasando por sus severos o “barrocos” relieves (algunos dedicados por el artista a la orfebrería precolombina), por sus esculturas exentas que poco a poco van llenándose de espacio (bien por sus inclinaciones o por sus volúmenes virtuales abiertos), por sus perdurables trabajos públicos en concreto o en acero y por sus construcciones irrigadas de referencias internas a la naturaleza (las espirales de los caracoles, las osamentas de las aves, las simetrías de las plantas), Ramírez Villamizar ha producido una obra ejemplar, tanto por su capacidad creativa como por su disciplina permanente; una producción que, indudablemente, siempre ha estado fundamentada en las siguientes reflexiones de Michel Seuphor: “El papel del siglo XX será el de tomar el arte en su esencia más clara y el de apartar sin falso pudor los velos gastados del misterio... Hay que desterrar de nosotros el escepticismo, la melancolía, el abandono y todo lo que gravita en torno a esas negaciones empobrecedoras del ideal. Pues aunque el arte sea envilecido por el mercantilismo, degradado por las glorias del momento, nosotros tenemos una fe profunda en su destino. Creemos que el arte ya no es un simple bagaje, sino que se ha transformado en una parte de nosotros mismos, con la que hay que contar en adelante... En lugar del romanticismo de la rapidez (neutralizada por el hábito y la comodidad), ponemos la lentitud de la conciencia. En lugar de las revoluciones, ponemos el orden y la voluntad de perfección... Están los que anuncian el día nuevo, que ven el amanecer elevarse antes que los otros. ¿No han velado aquellos toda la noche, interrogando a las estrellas?”.